

GATO SOBRE ASCUAS

VICTOR JIMÉNEZ

El poder y la gloria es sin duda una gran novela, si bien el catolicismo militante de Graham Greene y su cercanía a los intereses de la Gran Bretaña en el delicado momento de la publicación del libro hacen que la leamos, por así decirlo, *tongue in cheek*. Dicho lo anterior podemos afirmar que es una tontería descalificar sistemáticamente las visiones poco halagüeñas sobre México de un gran número de observadores extranjeros. La percepción de nuestro país en los textos críticos de Thomas Gage, Thierry de Menonville, Frederick von Waldeck, Eduard Mühlenpfordt, John L. Stephens, Désiré Charnay, Johann Wilhelm von Muller y otros viajeros es más valiosa que la contenida en tantos testimonios nacionales o extranjeros nacidos sólo del afán de halagar la vanidad de los españoles durante el periodo colonial o la de nosotros, los mexicanos, en cualquier época. Los intereses de aquellos visitantes como súbditos de otras naciones no restan validez a todos sus juicios, e incluso se olvida que la misma falta de objetividad —atribuible también a mundanos intereses— podría encontrarse en quienes sólo cantan las maravillas de nuestro suelo y nuestra gente. Es ingenuo aceptar con agradecimiento sólo los elogios y descalificar las opiniones críticas sobre uno, pero no son escasos los historiadores de México que parecerían guiarse únicamente por esta peculiar regla.

Un caso temprano y célebre de viajero extranjero por nuestro país es el del inglés Thomas Gage, quien pasó por nuestro país durante la primera mitad del siglo XVII. Llegó a México y Guatemala como fraile y después de una estancia de algunos años en ambos lugares regresó a Inglaterra y se convirtió al protestantismo. No conforme con esto escribió un célebre libro con sus memorias, donde hace una descripción precisa de los lugares que conoció y, de manera destacada, de la vida del clero colonial, que él conoció mejor que nadie. Así, por ejemplo, se detiene en las pugnas, cuchillo en mano, de las facciones de frailes que se disputaban un cargo de elección en un convento, y describe la vida regalada que se podían dar a partir de la explotación del trabajo y la credulidad de los nativos. Este retrato suyo del clero colonial es, además, ejemplo de fina ironía y del más británico sentido del humor. La corrupción de las autoridades civiles y eclesiásticas coloniales, así como las crueldades de los españoles y criollos hacia los nativos están asimismo muy bien descritas por Gage; su relato de las condiciones de vida de los nativos guatemaltecos y los abusos que debían soportar parece, línea por línea, el informe actual de una ONG sobre Chiapas. Para mayor infamia, festeja Gage las incursiones de los corsarios franceses e ingleses —a los que elogia por su valor— en los territorios americanos sujetos a España, asegurando que los españoles sólo reaccionaban a sus ataques con cobardía. La obra de Gage tuvo un gran éxito en Inglaterra y Francia, a diferencia de España y sus colonias. Pity.

Existen historiadores que consideran el testimonio de Gage como poco confiable a partir de la idea de que ningún súbdito del imperio de Elizabeth la Protestante estaría capacitado para observar con objetividad el imperio de Isabel la Católica. Sin embargo, estos mismos estudiosos no vacilan en emplear como fuentes plenamente confiables las crónicas oficiales de tantos frailes católicos españoles que se pintan a sí mismos y a la empresa colonial española como modelos de santidad. Estamos tan acostumbrados a esta clasificación de los testimonios que no existe en México una verdadera conciencia del grado en que esta

literatura apologética ha pasado, sin apenas un retoque, a las páginas de la Historia Nacional (con mayúsculas).

A lo largo de los años —y no digamos los siglos— la selección de la información que se considera confiable sobre una institución cualquiera establece un modelo o filtro para el acopio de toda otra información que se quiera incorporar posteriormente, hasta que ya no se concibe una forma distinta de hacer historia sobre ese tema. El Estado mantiene en funcionamiento los mecanismos que perpetúan esta situación, y Marc Bloch dedicó alguna reflexión a este problema, refiriéndose a "los cuerpos académicos, cuyo reclutamiento, favorable a la preeminencia de la edad y propicio a los buenos alumnos, no predispone al espíritu emprendedor". No son pocos los académicos, en efecto, que dudan al dirigir una mirada a legajos que podrían arrojar una luz crítica sobre la historiografía oficial. Fatigarse para extraer algunas notas que contradigan el canon establecido puede enfrentar al estudioso a la imposibilidad de presentar su trabajo en un contexto reconocido y aceptado. Así acumulan polvo, de una generación a otra, numerosos testimonios que darían una mejor imagen de la complejidad histórica de un país como México, tan urgido, por ejemplo, de disipar las sombras que rodean algunos de sus mitos piadosos, por mencionar sólo uno de los temas de Gage.

El historiador que tuviese un espíritu distante y el suficiente desinterés para no abandonarlo a lo largo de toda su vida podría crear una nueva tradición historiográfica con todo lo que la historia oficial ha excluido. Los testimonios heterodoxos no serían para él unas cuantas rarezas, sino eslabones en un largo discurso coherente... aunque se podría pensar que incluso una vida completa resulta insuficiente para culminar tal empresa con éxito: piénsese en el Edmundo O'Gorman de Destierro de sombras, testigo del denso silencio que rodeó su investigación, la más importante realizada después de la de Icazbalceta sobre la Virgen de Guadalupe. ¿Por qué no se escuchó el desgarramiento de las sotanas al aparecer el libro de O'Gorman? (Tal vez por eso Schulemburg se confió, olvidando que se encontraba en el caso opuesto del historiador.)

Sólo alguien como Leonardo Sciascia en Italia pudo crear en tiempos recientes, con cierta fortuna (mayor en el extranjero que en su patria, donde es todavía un autor incómodo), una tradición historiográfica propia sobre esta clase de temas. Su carrera como hombre de letras le permitió incursionar en el terreno de la historia como un heterodoxo que no podía ser ignorado. Abordaría la historia del clero en Sicilia (no escribió ningún tratado: sólo tres o cuatro historias ejemplares) de manera aleccionadora, sin anticlericalismo: reivindica incluso a un fraile y un obispo destruidos por el sistema al que servían. También actualizó un tema sobre el que la academia sostiene que ya no hay nada nuevo que decir: la Inquisición (y también se preguntó por qué algunos dicen que ya no hay nada nuevo que decir sobre ella). Pero Sciascia era también crítico con los poderosos de su tiempo: los que dejaron morir a Aldo Moro y los que tejen la vasta red invisible de intereses que es la Mafia, con terminales en la política, la industria, el clero... No es raro que encontrase, desde esta perspectiva (la del que no cree en la inocencia de ninguna conseja), nuevas cosas que decir sobre los temas agotados. Elías Canetti también pudo verlo: "Sobre la amistad con los poderosos y la forma como incide en historiadores y escritores: un tema provocador. A esas amistades se remonta la tradición acrítica sobre los poderosos." En ciertos historiadores —de hoy— es imposible no advertir el mimo con que tratan a los poderosos del pasado.

Cuarenta años antes que Thomas Gage, a finales del siglo XVI, un franciscano español, inspector de la orden, había recorrido casi los mismos lugares que el religioso inglés. Su

secretario, Antonio de Ciudad Real, dejó escrito un testimonio, inédito hasta el siglo xix, en el que aparecen historias muy semejantes a las recogidas por Gage: frailes que se amenazan con un cuchillo en los pasillos conventuales a propósito de una elección; damas de la corte (virreina incluida) alojadas en el monasterio de Xochimilco, donde juegan a los bolos con los frailes, quienes nadan en los canales y recogen las naranjas que las señoras arrojan al agua... Pero aparte de enterarse de aquellas disputas electorales y estos inocentes pasatiempos el inspector, Alonso Ponce, es advertido de que el virrey puede embarcarlo en una nave que se hundiría sin remedio si no suspende su investigación. Tuvo suerte, ya que sólo fue encarcelado y destituido. En la conspiración para arruinarlo participa, entre otros, Bernardino de Sahagún...

Uno de los primeros que se ocuparon del trabajo de Ciudad Real en el siglo xix, Agustín Rivera, dijo al referirse a los incidentes recogidos por el secretario del inspector franciscano que "los cronistas de la orden pasan por estos sucesos como gato por ascuas." ¿Qué otra cosa podían hacer? Para ellos Thomas Gage no puede hablar con la verdad por su condición de inglés y protestante, pero Antonio de Ciudad Real, español y católico, ¿en qué caso se encuentra? ¿En el mismo, tal vez, que Edmundo O'Gorman? Y no sería Ciudad Real el único cronista incómodo. El dominico Agustín Dávila Padilla es autor de una historia de su orden, de finales del siglo XVI, muy representativa del género y que puede leerse, por lo tanto, como verdadero ejercicio de penitencia por lo farragosa y acartonada, además de estar llena de las horribles apologías de innumerables frailes masoquistas (uno de ellos leproso) que laceran sus carnes para enseñarnos el camino de la perfección. En esta crónica, sin embargo, hace Dávila Padilla el relato de las célebres incursiones de Francis Drake en la isla de Santo Domingo y Cartagena (Colombia). Ni el mismo Gage se hubiese atrevido a pintar unos ingleses tan flemáticos y unos españoles tan cobardes. El texto de Dávila Padilla, adicionalmente, debe ser uno de los rarísimos ejemplos de sentido del humor (no involuntario) que haya producido la literatura religiosa colonial: Drake —nos dice Dávila Padilla— no desembarcó siquiera para tomar Santo Domingo, ya que se encontraba indispuerto; cuando sus soldados llegaron a la ciudad ésta se encontraba desierta por el pánico que el nombre de Drake inspiraba a los españoles: "Los enfermos estaban buenos para huir, los asmáticos a quien antes faltava el resuello para hablar, lo tenían ya para correr: todos eran valientes para huir: queriendo Dios que se diessen priesa a dexar la ciudad a los enemigos, los Españoles que tantas ciudades habían destruydo de Indios". Y agrega el cronista: "Por el rio salieron a tierra ochocientos Ingleses (según dize la relación más verdadera), aunque los de la ciudad escribieron que avían sido dos mil: y es maravilla que no dixeron diez mil". En Cartagena se repite la historia, y Drake encuentra en el abandonado escritorio del gobernador la carta enviada desde Santo Domingo en que se advierte de su llegada (lo que provocó la estampida de los españoles). En ella se le nombra "corsario", y esto dio a Drake motivo suficiente para corregir a los españoles al concluir su estancia en Cartagena: "sacó la carta del seno, y la leyó en presencia del Obispo y Gobernador, y de otros ciudadanos, y en aviéndola leydo, se mostró muy enfadado de que le llamasen corsario, y dixo atrevidamente: Yo tengo que guardar esta carta, para que la vea la Reyna de Inglaterra; y entienda en algún tiempo el Rey Don Felipe, que yo no soy corsario." La afrenta anterior hace decir a Dávila Padilla que "injusticias y crueldades de Españoles acabaron los Indios de la Española... y para que quedassen por todas partes provocados los bríos Españoles, vn Inglesillo desventurado se atrevió a dezir palabras preñadas, en forma de amenaza, contra la Magestad estraña del poderosísimo Filipino Rey de todas las Espafias. Hasta en esto han hecho guerra a sus Reyes, los que diziendo que le

servían, provocaron la ira de Dios con las injusticias que en la Nueva España hizieron. [...] ahora una mugercilla herege, infame y deshonesto trae confusa la Christiandad, y hazen lances sus soldados y navíos, tan a nuestra costa como avemos visto en estos dos casos."

Nacido en México, Dávila Padilla no oculta la antipatía que sentían los criollos por los españoles ya desde el siglo XVI. Por una ironía del destino, poco después de publicada su obra Dávila Padilla sería nombrado arzobispo de Santo Domingo. Fue recibido con la mayor hostilidad en la isla. Otra historia para pasar sobre ella como gato por ascuas.

Pero ni Gage con sus obispos y frailes enamorados de monjas, ni Ciudad Real con sus franciscanos y cortesanas jugando en Xochimilco se acercan a la historia que aparece en el juicio de residencia de Juan Peláez de Berrio. En este documento inédito se acusa a Peláez, primer alcalde de Oaxaca, de secuestrar en 1529 a una monja de cierto convento en Texcoco.

Al juzgársele pocos años más tarde Peláez se defiende diciendo que aquello no era un convento, sino una casa de citas. Se convocan testigos: uno de ellos, el mismísimo Juan de Zumárraga, insiste en que se trata de un convento. Pero otros testigos no dejan lugar a dudas: era un burdel. Y ante la inquietante pregunta de quién tendría la razón caemos en la cuenta de que ambas partes la poseían: porque aquél sitio era, en efecto, las dos cosas a la vez. Hoy nos resulta difícil entenderlo, pero basta recordar que la Celestina también era conocida como "trotaconventos" y que Don Juan no desdeñaba en absoluto conquistar a estas mujeres, recluidas tantas veces, como las del juicio de Peláez de Berrio, contra su voluntad (se trataba, en el caso de Texcoco, de las concubinas de Hernán Cortés y sus hombres de confianza, depositadas en aquella casa mientras sus patrones andaban por España. Pero la ausencia era larga...). De nuevo, el gato sobre las ascuas.

¿Y qué decir de las historias exhumadas por Richard Greenleaf sobre la Inquisición, que empiezan con Zumárraga y tienen como centro de la actividad inquisitorial a los nativos mexicanos? De hecho, podemos ver allí una peculiar combinación: la evangelización-Inquisición. Es un tema que también aparece en Dávila Padilla, aunque sesgado, e igual ocurre con Francisco Burgoa, si bien otros religiosos coloniales, como Pedro Sánchez Aguilar, Diego Villavicencio, Isidoro Sariñana y Alonso Montúfar (a quien O'Gorman atribuye la Virgen de Guadalupe) lo abordan de manera muy explícita, como lo hará en el siglo XIX el cura José Antonio Gay. Ha sido estudiado y documentado en el siglo XX por Toribio Medina (quien era chileno) y Edmundo O'Gorman, además del mencionado Greenleaf

Como se puede ver es innecesario, además de tonto, en la historia de México, separar los testimonios de extranjeros, por un lado, y los de españoles y mexicanos, por el otro, calificando los primeros de mendaces por necesidad y aceptando los segundos como confiables sólo para tener que pasar como gato por ascuas sobre los últimos cuando coinciden con los que se han descalificado previamente.